

actuación del Sindicato de Estudiantes, a la misma terminología que utilizaba el régimen anterior, el franquismo, para desautorizar las protestas estudiantiles de los años sesenta y setenta. Dicen que las reivindicaciones del sindicato son *demagógicas* y que no aprovechan los cauces existentes en el sistema legal. Piden, en definitiva, moderación y diálogo.

El tema de las reivindicaciones nos lleva a las posibles cuestiones de fondo. Aunque la protesta ha venido, sobre todo, de los estudiantes preuniversitarios, iba dirigida contra la situación universitaria.

LA UNIVERSIDAD ANQUILOSADA

¿Cómo está la Universidad? La Universidad, en Francia, España e Italia, como en otros países europeos, es, con la frase trivial, una inmensa fábrica de títulos, una supuesta preparación para una profesión que luego sólo difícilmente puede ejercerse en buenas condiciones. Universidad masificada, con poca investigación, con profesores muchas veces desanimados. Por otro lado, el interés de muchos profesores no encuentra sintonía en la mayoría de los estudiantes, más atraídos hacia otras formas de pasar el tiempo. En resumen: En muchos casos la Universidad es el lugar del aburrimiento, del hastío.

Ante esta situación, en Francia, mirando sobre todo hacia un país donde la Universidad, en algunos casos, funciona muy bien –los Estados Unidos–, el Gobierno Chirac preparó una ley cuyo objetivo final era diversificar los centros de enseñanza universitaria. Cada Universidad tendría plena autonomía para destacarse, señalar las tasas académicas, seleccionar a los estudiantes, contratar a los profesores. La idea era ofrecer la posibilidad de la diferencia.

Esto chocaba contra la práctica común en Francia, tanto en gobiernos de derecha, como en gobiernos socialistas. Lo normal había sido una Universidad pública, indiferenciada, teóricamente igual en todas



partes. Una masiva Universidad de masas. En el fondo, ésa es la tradición universitaria napoleónica –salvo en el factor cuantitativo: Entonces no había masas–, de la que participan Italia y España.

LIBERTAD, IGUALDAD

Si se deseaba acabar con una concepción universitaria napoleónica, favoreciendo la libertad y la autonomía, había que prever que se iba a chocar con las reivindicaciones de la igualdad. Como es sabido, dar juego a la vez a la libertad y a la igualdad es el problema número uno de la vida social y política. Si se acentúa la libertad se pone en peligro la igualdad; si se iguala a todo coste, lo paga la libertad de la iniciativa y de emprendimiento.

La protesta estudiantil quería y quiere la cuadratura del círculo: toda la libertad y toda la igualdad. En España, por ejemplo, los estudiantes han clamado en contra del hecho de que no todo el mundo pueda estudiar la carrera que desee. El Ministerio ha tenido que responder, con el sentido común, que no podía admitir a todos los estudiantes que deseaban estudiar Veterinaria –carrera en alza–, porque sencillamente no hay centros suficientes

para acogerlos. El deseo de libertad para poder hacer todo, y quizá todo a la vez, es comprensible, pero utópico.

Y LA CUESTION ECONOMICA

Como telón de fondo funcionan además, en toda esta cuestión, realidades económicas innegables. La primera es la del desempleo, que afecta a una parte importante de la población activa –casi la cuarta parte en España, el 11% en Francia, el 14% en Italia–, especialmente a los jóvenes. La segunda es que la existencia de un título universitario es imprescindible, si no para encontrar empleo, sí para dar con un buen puesto y, sobre todo, para tener futuro. Los estudiantes saben que sin ese título su porvenir es difícil y no entienden que el Gobierno no permita que ellos estudien la carrera que prefieran. El líder del Sindicato de Estudiantes, en España, declaraba: “Estamos en una situación mucho más explosiva que en mayo del sesenta y ocho. Entonces la gente se aburría, luchaba contra la opulencia, contra la sociedad de consumo. Ahora no hay tales cosas. Todo lo contrario. La crisis, el paro, la falta de oportunidades”.